

“Cafarnaúm”: La infancia desprotegida



BOO PICTURES

ANA JOSEFA SILVA V.

Hay dos secuencias en “Cafarnaúm” (“Capharnaüm”) de tal impacto emotivo, que el espectador llega a estremecerse. Son momentos de alto contenido dramático, pero tan sobriamente narrados que no quiebran la vocación naturalista, y ese cierto cariz documental que Nadine Labaki imprime a su tercera película.

La directora y actriz libanesa filma en “Cafarnaúm” —premio del Jurado en Cannes 2018, nominada al Oscar 2019— los atestados y sucios barrios marginales de Beirut, donde sigue a un niño y su familia.

La primera imagen que vemos de Zain (un carismático Zain Al Rafeea) —un chico esmirriado y mirada despierta, escasamente vestido— es frente a un sujeto que lo examina brevemente.

La cámara aérea muestra barriadas atiborradas de casas en mal estado, edificios ruinosos y en la calle, niños jugando a la guerra. Es en esta ciudad populosa donde Zain comparece espasado ante un tribunal. Ha sido condenado a cinco años de cárcel por acuchillar a un hombre. Pero hoy está ahí por otro motivo. Al otro

lado de las testeras que enfrentan al juez están su padre Selim y su madre Souad. Ninguno de los tres sabe responder con precisión la edad de Zain. Concluyen que tiene 12.

Ahí recién arranca la historia, en un gran *racconto* que relata el viaje del pequeño protagonista hasta ese instante.

La familia vive en un departamento estrecho, viejo y sucio. Zain y su hermana Sahar circulan por las calles como vendedores ambulantes. Él también se las amaña para conseguir medicamentos que transforman en drogas.

Zain sabe moverse, rapiñar en algún almacén y desconfiar cuando es necesario. Su mayor inquietud es Sahar: porque hay algo peor que ser pobre en una población musulmana y eso es ser, además, mujer. Sabe que es inminente que Sahar sea “entregada” en matrimonio, dada la precariedad de su familia.

Cuando ocurre lo que temía y él no es capaz de impedirlo, Zain huye a otra zona pobre de la ciudad. Allí encontrará otra cara de la miseria: la de la inmigración y quienes lucran con ello. Rahil, una mujer etíope que hace aseo en un restorán, lo acoge en la casucha en que vive

para que cuide de su hijo, mientras ella trabaja para reunir el dinero que le pide un mafioso para fabricarle un documento.

Zain cae en la cuenta de que, siendo él libanés, tampoco tiene “papeles”: sus padres simplemente no hicieron el trámite de inscribirlo, algo que afectará a su hermana Sahar.

“Cafarnaúm” sigue el tránsito de Zain desde la niñez a una forzada adultez. La vida lo convirtió en un hombre grande y duro, con su misma cara de niño. Su rabia termina de manifestarse en los tribunales en una vehemente denuncia a los adultos y su incapacidad de hacerse cargo de los hijos que traen al mundo.

Labaki es magnífica dirigiendo niños, una tarea siempre difícil. Consigue una verdad potente, con pulso firme, lo que es clave en esta película.

“Cafarnaúm” abre con elocuencia un mundo complejo, donde la vida es una sucesión de imprevistos que sortear, con una mirada realista que pese a ser desoladora, no pierde la fe en el ser humano. Muy buena.

(En tienda Fílmico, Paseo Las Palmas, y en Amazon.es).